

Letras Hispanas

Volume 16

SPECIAL SECTION: El exilio republicano español y la historia cultural de la edición en América Latina

TITLE: Exilio y movimiento editorial en *España Republicana* de Buenos Aires

AUTHOR: Fernando Larraz

E-MAIL: fernando.larraz@uah.es

AFFILIATION: Universidad de Alcalá; Departamento de Filología, Comunicación y Documentación; Calle Trinidad 5; 28801 Alcalá de Henares, Madrid, Spain

ABSTRACT: This article examines the contribution made by the Buenos Aires magazine *España Republicana* to the so called “publishing movement” of Republican book in exile in the early 1940s. Our study firstly sets some general remarks on the publishing culture of Spanish Republican exile which serve as hypothesis to study the case of *España Republicana*. Then we explain the links between the magazine and those books and publishing houses which were considered loyal to the anti-francoist cause: reviews, distribution, defense and publicity of the republican book, as well as the creation of the Patronato Hispano Argentino de Cultura and its book collection Cuadernos de Cultura Española. This paper also analyses the cohesive function of books for the exile community as it can be inferred by the reading of *España Republicana*.

KEYWORDS: José Venegas, Patronato Hispano Argentino de Cultura, Magazines, Spanish Second Republic, Centro Republicano Español

RESUMEN: Este artículo examina la contribución que realizó la revista *España Republicana* de Buenos Aires al llamado “movimiento editorial” del libro republicano en el exilio a principio de la década de 1940. El estudio parte de unas consideraciones generales acerca de la cultura editorial del exilio republicano español que sirven de hipótesis para explicar el caso de *España Republicana*. A continuación, se explican las relaciones entre la revista y los libros y casas editoriales considerados leales a la causa antifranquista: reseñas, distribución, defensa y propaganda del libro republicano, así como la creación del Patronato Hispano Argentino de Cultura y de su colección Cuadernos de Cultura Española. El artículo también examina la función cohesiva de los libros para la comunidad exiliada, tal como puede ser inferido de la lectura *España Republicana*.

PALABRAS CLAVE: José Venegas, Patronato Hispano Argentino de Cultura, revistas, Segunda República Española, Centro Republicano Español

BIOGRAPHY: Fernando Larraz es profesor de Literatura Española en la Universidad de Alcalá. Ha trabajado como profesor e investigador en varias universidades de Alemania, Reino Unido y España y ha sido profesor visitante en otras universidades europeas y latinoamericanas. Su investigación se centra en la historia cultural del exilio republicano de 1939, la narrativa española contemporánea y la historia de la edición y la censura editorial. Es autor de las monografías *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista* (Madrid, 2009), *Una historia transatlántica del libro. Relaciones editoriales entre España y América Latina (1936-1950)* (Gijón, 2010), *Max Aub y la historia literaria* (Berlín, 2014), *Letricidio español. Novela y censura durante el franquismo* (Gijón, 2014) y *Editores y editoriales del exilio republicano de 1939* (Sevilla, 2018). Es miembro del Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL), de la Universidad Autónoma de Barcelona, y dirige el Grupo de Investigación en Literatura Contemporánea (GILCO), de la Universidad de Alcalá.

Exilio y movimiento editorial en *España Republicana* de Buenos Aires

Fernando Larraz, Universidad de Alcalá

Cultura de exilio y movimiento editorial

En mis investigaciones acerca de la relación entre el exilio republicano de 1939 y el mundo del libro, he llegado a constatar la reiteración de tres o cuatro constantes que valen en general para todos los casos. Entre ellas, por ejemplo, es muy ilustrativo que los editores exiliados llevaran a América Latina prácticas editoriales comunes en la España de los años veinte y treinta, época de una rápida modernización de la industria y de una intensa profesionalización del editor (Martínez Rus 232-45). No pocos de aquellos profesionales del libro que se habían formado en la Edad de Plata de las letras españolas se exiliaron y encontraron en el mundo del libro una ocupación permanente en la América de habla española—sobre todo en las repúblicas americanas en las que ya antes de la guerra habían establecido redes comerciales—y en algunos países europeos (Larraz *Editores y editoriales* 9-22). El dato relevante, sin embargo, es que solo alcanzaron estabilidad las empresas de aquellos editores que fueron capaces de adaptarse a las variadas peculiaridades de las industrias y de los mercados del libro del país de acogida.

Ello lleva a relativizar la idea de “editoriales del exilio,” denominación que, aunque se ha utilizado con cierta frecuencia, solo valdría en propiedad para dos o tres sellos. A diferencia de la inmaterialidad los textos—que nos permiten hablar con propiedad de poesía, narrativa o teatro del exilio—los libros están

sujetos a lo que Pierre Bourdieu llama “coacciones del campo” (*Las reglas del arte* 128-36) que limitan su autonomía de decisión, establecen relaciones sociales de dominación económica y se enmarcan en estructuras institucionales y condiciones materiales que obligan a los editores a implementar dosis de pragmatismo y, consecuentemente, prácticas posibilistas que hacen que, salvo excepciones, solo una parte del catálogo podría considerarse representativa de una “cultura de exilio.” Por ella, aunque fundadas, dirigidas, gestionadas o participadas por profesionales exiliados con una decisiva y variable intervención en la confección de sus catálogos, estas empresas son editoriales mexicanas, argentinas, chilenas...

Con todo, sí pueden usarse los catálogos de estas editoriales o de algunas de sus colecciones para tratar de definir qué es la cultura del exilio republicano, realidad igualmente muy compleja que comprende los libros escritos por los propios exiliados y exiliadas, la interpretación que hacen de su tradición a través de las ediciones de autores clásicos, los cánones que consagran y los diálogos que establecen en esos mismos catálogos, con la tradición latinoamericana, europea y universal contemporáneas. Los catálogos efectivamente muestran esta múltiple pero coherente manera de representar la realidad cultural del exilio, también en la presentación física de los libros y en relación con el contexto de lectura.

Los profesionales del libro que no fueron suficientemente pragmáticos y abiertos en su intento por dar forma a una cultura

de exilio a través de un catálogo editorial y se empeñaron en dar a su idea de “cultura del exilio” un sentido excesivamente unívoco y nacionalista, publicando libros como si no hubieran salido de Madrid o Barcelona y la guerra no hubiera terminado, no consiguieron hacer perdurar su empeño más allá de tres o cuatro años. Pero, además, no fueron conscientes de que una de las dimensiones fundamentales de una cultura de exilio es precisamente romper con el hermetismo nacionalista y abrirse al diálogo con determinados valores de la cultura del país de acogida, que permitan a las culturas políticas, literarias, filosóficas... del republicanismo español trascender su circunstancia.

Creo también que, para analizar la obra de los editores del exilio, hay que partir de la especial radicalidad con que los exiliados republicanos españoles experimentaron lo que, bastantes años después, consignó Pierre Bourdieu en un texto que se ha hecho muy común en los estudios sobre historia cultural de la edición:

por el hecho de que el libro, objeto de doble faz, económica y simbólica, es a la vez mercancía y significación, el editor es también un personaje doble, que debe saber conciliar el arte y el dinero, el amor a la literatura [aquí podríamos cambiar “el amor a la literatura” por “el imperativo de defender el proyecto de la República en el exilio”] y la búsqueda de beneficio, en estrategias que se sitúan de alguna manera entre los dos extremos, la sumisión realista o cínica a las consideraciones comerciales y la indiferencia heroica e insensata a las necesidades de la economía. La competencia del editor y de todos los que tienen asuntos con el libro, en cualquier función que sea, está formada por dos partes antagonistas y por la aptitud para asociarlas armoniosamente, las aptitudes propiamente literarias del que sabe leer, y las aptitudes técnico-comerciales del que sabe contar. (Bourdieu, “Una revolución conservadora...” 256)

Ambas urgencias—la subsistencia material y la defensa de un modelo cultural, lo económico y lo simbólico—adquirieron matices de extrema perentoriedad en la coyuntura de los exiliados recién llegados a América. Solo unas pocas ocupaciones les permitían satisfacer simultáneamente ambas necesidades. Claramente, escribir o hacer libros fue una de las más directas.

Esto mismo está implícito una cita del exiliado Luis Suárez que me parece muy significativa: “Entonces, ¿qué negocio poner en México? Ninguno vestía tanto la finalidad civilizadora y educativa de la República y los republicanos que el de las editoriales y librerías, por contraposición a la tienda y a la cantina del antiguo residente” (Suárez 613).

En efecto, la edición tuvo aquella doble cualidad para el exilio. Por un lado, fue una salida profesional para muchos intelectuales que, en algunos casos, se habían dedicado anteriormente a la edición, pero no en otros, y que vieron así una salida ante las dificultades para integrarse laboralmente en el ámbito de la Universidad o de la prensa. Esto implicó muchas veces falta de profesionalismo y, en otras, una alta capacidad como autodidactas. Fue también, como dice la cita de Suárez, una profesión legitimada y muy vinculada con la posibilidad de mantener viva la cultura de la República. En este sentido, el libro era, al mismo tiempo, elemento de cohesión ideológica entre los exiliados y realización de un axioma bien fijado en su conciencia republicana: el de su irrenunciable valor instrumental para el éxito de los valores republicanos. El libro alcanzó, efectivamente, un formidable valor simbólico en el exilio; se le interpretó como una tabla de salvación a la que agarrarse tras el naufragio de la derrota militar. Entre los muchos ejemplos que prueban esto, cuando se crea la Junta de Cultura Española, la iniciativa que le habría de dar forma es, fundamentalmente, una editorial cuyos libros mantuviera vivos los valores de la cultura republicana:

Pidiendo al Gobierno español o a otras instituciones culturales en el extranjero y aún a particulares en algún caso, una colaboración económica que sin carácter comercial expreso hiciese posible la creación y dirección de un movimiento editorial condicionado a publicaciones específicamente españolas. Podrían formar parte esencialísima de estas publicaciones algunas series de textos clásicos de España. Libros o revistas de esta índole serían fácilmente absorbidas en la vida cultural de Europa y América y formarían una base de trabajo muy importante para las actividades de unificación que la J.C.E. se propone.¹

El concepto de “movimiento editorial,” que aparece en esta cita, es muy revelador. Aunque no tenga una definición precisa, se usa comúnmente para explicar un fenómeno de desarrollo colectivo de determinadas prácticas y políticas editoriales que comparten un mismo fin: el fomento de realidades culturales a través del libro. Así se habla de un movimiento editorial de vanguardia o de avanzada, del libro de pensamiento político, de libro cartonero, de la edición nacional o local, etcétera. Bergamín, autor de aquellas palabras, alude en esta cita a la necesidad de impulsar un movimiento editorial que diera continuidad a la cultura republicana en el exilio.²

La cita también evidencia cómo algunos exiliados, sobre todo al principio de su exilio, trataron de reproducir prácticas y catálogos similares a los que habían producido en la España de preguerra. Son los casos—con múltiples matices—de Séneca (realización de aquel proyecto inicial de la Junta de Cultura Española), de La Verónica (en Cuba), Cruz del Sur (en Chile) o de Nuevo Romance (en Argentina), cuyos libros—tanto sus textos como su presentación formal—y catálogos se asemejan considerablemente a los de algunas editoriales españolas de preguerra. En ellos se cumple el deber de resistir desde los márgenes del exilio republicano a las rupturas obligadas por el franquismo en España, pero

evidencian una escasa vocación comercial que hizo que fueran proyectos efímeros.

En cambio, aquellas editoriales en las que hubo un mayor acomodo a las condiciones de los países de acogida y un mayor profesionalismo por los editores produjeron frutos de más largo alcance. Son editoriales como el Fondo de Cultura Económica o Sudamericana (cuyas fundaciones son anteriores a la llegada de editores republicanos, los cuales se deben acomodar a políticas editoriales preexistentes), Losada (dirigida por profesionales españoles de la edición que ya habían tenido una presencia previa en el campo editorial local), Alfa o Espiral (fundadas en lugares en los que la comunidad republicana es menor y en sus catálogos se integra la obra del exilio con la de intelectuales de esos países), Grijalbo o Ediapsa (en la que se percibe una vocación comercial mayor) o ERA, Joaquín Mortiz o Monte Ávila (fundadas por exiliados que llevaban ya décadas de residencia en los países de acogida, que conocían incluso mejor que España).

Otra de esas constantes ese “movimiento editorial” del exilio es la estrecha proximidad entre proyectos editoriales y revistas con objetivos análogos que actúan no solo como repositorio de reseñas y propaganda, sino como complemento imprescindible. También en este sentido, las prácticas editoriales de los exiliados establecen continuidades con las de preguerra, cuando no se concebía la agitación de las vanguardias artísticas y políticas sin aunar y relacionar los beneficios del libro y la revista. Ortega y Gasset abrió el primer número de *La Gaceta Literaria*, en 1927 con las siguientes palabras:

El libro es la obra hecha cosa, orgánica e impersonal. Pero la vida intelectual actúa también en formas previas, preparatorias, confidenciales—se compone también de juicios tiernos, de sospechas, de curiosidades, de insinuaciones, fauna exquisita y delicada que no puede vivir aún en perfecta separación de su autor, que sólo alienta en un clima de confesión, de inti-

midad. A mí me complacería sobre todas una revista donde los escritores publicasen lo que no llega nunca a sus libros, lo prematuro, nonnato, recién-dito; donde discutiesen sin forma ni pretensión pública alguna, donde no fuese peligroso avanzar una vislumbre problemática, una pregunta vacilante. (Ortega y Gasset 1)

Ese mismo mensaje es recuperado Guillermo de Torre, que había participado en la fundación, a fines de los años veinte, de *La Gaceta Literaria* en Madrid y, a principios de los treinta, de *Sur* en Buenos Aires, tan fundamentales para la historia editorial de ambos países, con un artículo en *España Republicana* de Buenos Aires, en el que defiende que

el papel desempeñado por las revistas, su peso y trascendencia, no solo en la evolución de la sensibilidad, el gusto y la cultura de una época y un país, sino más particularmente en la evolución de una literatura o de una corriente del pensamiento, aún no ha sido justipreciado, si bien ya amanecen síntomas favorables. (De Torre 7)

En el exilio, esta estrecha relación entre el libro y la revista cobra una nueva dimensión que se objetiva de maneras muy distintas. Romance, España Peregrina, Cabalgata, Espiral, el Boletín de Intelectuales Españoles, Cuadernos del Ruedo Ibérico... y otras muchas revistas hechas por exiliados estaban directamente conectadas con determinados sellos—a veces, homónimos—a través de las figuras de sus directores o de sus comités de redacción. Otras, como *España Republicana*, asumieron como propia la tarea de fomentar el movimiento editorial del exilio en general y enfatizar la importancia que el libro tenía para crear una cultura de resistencia ante el fascismo. De ahí que otra de las conclusiones a las que me han llevado mis estudios sobre la edición del exilio es que las revistas son, junto a los catálogos editoriales, y los archivos editoriales—cuando pueden ser consultados—la principal fuente primaria

para reconstruir la historia editorial del exilio republicano de 1939.

España Republicana, órgano de la comunidad exiliada en Buenos Aires

Fundada en 1918, *España Republicana* era el órgano del Centro Republicano Español. Desde marzo de 1937 compartía su sede con el Centro, en Lima 345, y con los otros dos organismos dependientes de él: el Ateneo Pi y Margall y la asociación Amigos de la República Española, que recaudaba fondos para la España republicana en guerra. En septiembre de 1939, se hizo cargo del periódico José Venegas, un activo socio, periodista que se había dedicado a la edición de libros durante la república junto a José Antonio Balbontín, Rafael Giménez Siles, José Díaz Fernández, nombres fundamentales de la cultura y del libro republicanos,³ fundó la revista *Post-Guerra* y trabajó como representante de editoriales en Argentina antes de 1936. Fueron los años de su dirección de *España Republicana* aquellos en los que este estuvo más cercano al mundo del libro. Venegas, como muchos otros exiliados en Argentina, había vivido previamente en el país y, de hecho, durante su segunda etapa entre 1933 y 1934 ya había dirigido la revista (Pérez Alcalá 17). Conocía muy bien por tanto el contexto cultural y editorial porteño, a lo que ayudaba su labor editorial y periodística en ambos países (Venegas). De hecho, cuando se produce en España la rebelión militar de julio de 1936, realizaba en España tareas de corresponsal de prensa.

España Republicana desempeñó un papel crucial para orientar a la opinión pública argentina—y en particular, la de la comunidad española expatriada—hacia la causa de la República asediada. Después de la guerra, su línea editorial trató de favorecer la socialización de la comunidad republicana en Argentina y el mantenimiento de su cohesión

ideológica. La dificultad para acceder a sus colecciones ha impedido que se haga un uso más exhaustivo de este medio como fuente imprescindible para definir y explicar la evolución, las disputas y los conflictos del exilio republicano argentino. El inestable equilibrio que el gobierno argentino había mantenido en torno a la cuestión española durante la guerra y, después, con el régimen de Franco damnificó a *España Republicana*. Algunas de sus campañas antifranquistas fueron interpretadas como una intromisión de los intereses diplomáticos del país, lo que llevó a su cierre entre diciembre de 1943 y septiembre de 1944 (Díaz-Regañón Labajo 910).

Varios de los exiliados españoles que tuvieron un peso en el ámbito editorial en Argentina eran socios del Centro Republicano: Gonzalo Losada, Arturo Cuadrado, Luis Seoane, Guillermo de Torre, Rafael Dieste, lo que vendría a servir de prueba de la intensa relación que existía entre el desarrollo editorial del país—la llamada “edad de oro de la edición argentina”—y la comunidad española exiliada en el Río de la Plata.⁴ También, por cierto, era socio del Centro Republicano Pedro García, un antiguo emigrante español que, en 1912, fundó la que sería la más importante librería-editorial de la capital, El Ateneo, desde la cual ayudó a consolidar a varios de los proyectos editoriales de las casas recién creadas por republicanos exiliados.

España Republicana favoreció de manera muy explícita a lo que podría denominarse, siguiendo la expresión aludida más arriba, el “movimiento editorial republicano en América Latina,” movimiento que coincidió y coadyuvó al desarrollo editorial de varios países, sobre todo Argentina, México y Chile. En ese movimiento se ve a la perfección la alta conciencia que tenían el periódico y, singularmente, su director, José Venegas, de la necesidad de combinar estrategia comercial y defensa del libro como objeto simbólico que revela la personalidad de editores y lectores.

Los “libros leales” del exilio en *España Republicana*

En la sección Libros de *España Republicana* se incluía, durante los primeros años cuarenta, mensajes encerrados en módulos unitarios de publicidad, que exhortaban de forma muy explícita a la compra y lectura de libros seleccionados. Aquellos mensajes eran de tres tipos: “Los libros que recomendamos aquí son siempre obras que deben conocer todos los hombres de espíritu libre para afirmar y defender sus convicciones;” “Adquirir los libros de los intelectuales españoles en el destierro es cumplir una obra de solidaridad y contribuir al sostenimiento de la cultura española;” “El deber de todos los leales es leer libros leales.”

Como se puede ver, aquellos lemas no escondían la connotación moral y política que se otorgaba a la adquisición y la lectura de determinados libros; era un deber asociado a valores como la lealtad y la solidaridad y también a la identidad compartida y arraigada en un modelo de “cultura española” a la que era preciso que permanecer fieles. Su tono imperativo no dejaba lugar a dudas y debió de resultar muy efectivo en momentos en los que, recién llegados muchos exiliados al país, era más necesaria que nunca la orientación con la que sobreponerse a la honda crisis personal sufrida. Mucho más, incluida en un periódico en el que el resto de las páginas abundaba en eslóganes del mismo tipo que se veían complementados por la acción bibliográfica: todo en aquellas páginas estaba inundado de proclamas.

Pero aquello no este mensaje en absoluto era completamente inédito en las conciencias de los lectores de *España Republicana* recién llegados a Argentina. La asociación de la lectura y la cultura como actividad política y moral era un ideograma plenamente relacionado con el proyecto de la República española: leer—sobre todo para las clases populares—era cumplir con el deber de adquirir conciencia de uno mismo o de una misma y

poder ser ciudadano responsable. Aquello se intensifica en el contexto del exilio y sobre todo del exilio argentino, pues, a diferencia de lo que ocurre en otros contextos, convive con una comunidad española franquista que actúa en público, que tiene sus medios y de la que es muy importante diferenciarse a través de las instituciones a las que se pertenece, los comercios, bares y restaurantes que se frecuentan y, sobre todo, de los libros que se leen.

Guiándose por estas necesidades de afirmación pública, *España Republicana* confeccionó sus propias listas de libros leales, que eran reseñados y anunciados en sus páginas. En su pugna con la comunidad franquista de la capital, que poseía sus propios medios editoriales de propaganda (por ejemplo, el periódico *El Diario Español* o las editoriales Poblet y Espasa-Calpe Argentina), sabía que en la producción de libros no tenía competencia con el sector franquista. Su actuación no se limitó a difundir los libros leales, sino que actuó asimismo como distribuidora de esos libros, la mayoría de los catálogos como Losada, Emecé, Poseidón, Atlántida, Nuevo Romance, Nova, Pleamar, Ekin o Sudamericana, entre los que seleccionaban aquellos que, por la personalidad de sus autores o por los temas de los mismos, se consideraban más representativos de una cultura republicana en el exilio. Las listas de “Libros Leales” aparecían cada semana en las páginas de *España Republicana*, con su precio correspondiente, ofreciendo la posibilidad de que los libros fueran adquiridos en la misma redacción de la revista.

Con ello, realizaba una campaña de sostenimiento del libro republicano en Buenos Aires en un contexto de enorme competitividad con otras empresas editoriales pro-franquistas, como Poblet (que además actuaba como distribuidora de libros de la España franquista) o Espasa-Calpe (cuya producción principal se mantuvo durante la primera mitad de los años cuarenta en la antigua sucursal argentina, ahora Espasa-Calpe Argentina). Este “otro” movimiento editorial

era profusamente publicitado en la prensa franquista porteña, sostenida por la Embajada española. De hecho, la importancia que otorgaron al libro las dos comunidades enfrentadas en Buenos Aires es muy llamativo, pues *El Diario Español* realizaba una acción análoga a favor del libro franquista y, sobre todo, falangista.⁵

El apoyo de *España Republicana* al movimiento editorial del exilio incluía también una notable atención, a través de noticias, artículos y entrevistas, al desarrollo editorial vinculado de un modo u otro al exilio. Estos textos solían presentar un carácter encomiástico que se justificaba a partes iguales por motivos culturales y políticos. El antiguo director de *España Republicana*, Tirso Lorenzo, por ejemplo, resaltaba que

las editoriales argentinas, por referirnos tan solo a nuestro país, han dado curso en poco tiempo a una cuantiosa producción intelectual de estos hombres representativos del pensamiento español. Luis y Felipe Jiménez de Asúa, Juan Cuatrecasas, Ángel Osorio, Augusto Barcia, Rafael Alberti, Casona, Grau y otros muchos están en plena actividad intelectual, ennoblecida por las circunstancias en que aquellos han tenido que incorporarse a las actividades espirituales argentinas. (Lorenzo 7)

La revista sirve también para constatar hasta qué punto determinados sellos estaban en el centro de la vida y de la actividad pública de la colectividad republicana. Abundaron noticias en las que figuran los nombres de editores como mecenas de los actos que congregaban a la comunidad. Sirva como ejemplo que, con motivo de la visita del antiguo ministro y embajador de la República Fernando de los Ríos a Argentina, *España Republicana* se hace eco del homenaje que le brindó la editorial Losada, lo cual sirvió para reforzar ante sus lectores la identificación del sello con la causa exiliada. La noticia, publicada en el número del 17 de enero de 1942,

vinculaba a una figura clave de la intelectualidad exiliada con la editorial porteña en la que publicaba sus libros y con los demás profesionales—españoles y americanos—que trabajaban por la causa a través del libro, como Attilio Rossi, Francisco Ayala, Ricardo Baeza, Alejandro Casona, Pedro Henríquez Ureña, Pedro García, Luis Jiménez de Asúa, Lorenzo Luzuriaga, Francisco Romero, José Venegas... Todos ellos, según se informaba, participaron en el banquete homenaje que se rindió al político socialista.

España Republicana dio también noticia de la fundación de nuevos sellos, como Nuevo Romance y Cruz del Sur en Buenos Aires y Santiago de Chile, respectivamente. A propósito de la primera, nuevamente, enfatiza aquello que permita reconocer a la nueva editorial como propia de la comunidad exiliada:

Las ediciones Nuevo Romance nacen con un carácter definido en cuanto se proponen, ate todo, difundir principalmente los valores actuales de nuestra cultura, que es la cultura de España y América, y al mismo tiempo se proponen hacer, con la selección y el plan de sus publicaciones, una defensa activa de la cultura y de la libertad, para nosotros, inseparablemente unidas. Es decir, que dentro de su misión específica de arte y cultura, Nuevo Romance reivindica, como no podía ser de otro modo, un acento político, de lucha y defensa en favor de un patrimonio humano que no agradece la inhibición y el silencio. (“Obra de cultura” 7)

Nuevo Romance había sido fundada por los escritores Rafael Alberti, Francisco Ayala, Rafael Dieste y Lorenzo Varela y financiada por otro miembro del Centro Republicano, un antiguo emigrante llamado José Iturrat, cuyo nombre aparece en algunas ocasiones en las actas del Centro como generoso donante a Amigos de la República Española.

Debe ser reseñada, también en este sentido, la publicación en *España Republicana*

del artículo de María Teresa León sobre la editorial Emecé titulado “Una editorial y su elogio,” en el que el encomio se vertía sobre la colección galleguista dirigida por Luis Seoane y Arturo Cuadrado y la americanista de Luis Baudizzone, sorteando con cuidado el espinoso hecho de que el director de la editorial fuera un fascista gallego, Álvaro de las Casas, que era a su vez homenajeado en la prensa profranquista de Buenos Aires por su labor editorial y por su libro *Santiago de Compostela, corazón de Europa*.⁶

Pero quizá la más importante actividad en relación con el libro fueron las reseñas críticas y anuncios de novedades editoriales que publicaba *España Republicana* y que nos permiten examinar los criterios dominantes de valoración, en los que se aunaban cuestiones de limpieza ideológica y de mérito literario. Fueron críticos, entre otros, Rafael Alberti, Eduardo Blanco Amor, Álvaro Ossorio y Gallardo, Guillermo de Torre... si bien la mayoría de las veces, las reseñas no estaban firmadas. Llama la atención la amplitud de miras de las reseñas, atentas sobre todo al movimiento editorial argentino, pero también al de las editoriales mexicanas relacionadas con el exilio, que en algunos casos, como Quetzal o Séneca, eran anunciadas en las páginas de la revista.⁷

Fruto del ambiente de conflictividad al que me refería antes, las páginas de *España Republicana* también se hicieron eco, para denostarlas, de algunas publicaciones hechas por los franquistas y sus medios en Argentina. En este sentido, es particularmente ilustrativa la noticia de la publicación en Buenos Aires—pero para público de la España del interior—de las supuestas *Poesías completas* de Antonio Machado en la colección Austral de Espasa-Calpe Argentina, editorial que, sin nombrarla, quedaba desde luego excluida del canon de libros leales de *España Republicana*.⁸ La edición, acompañada de un prólogo del poeta y propagandista fascista Dionisio Ridruejo titulado “El poeta rescatado,” fue uno de los primeros ejemplos de apropiación por el franquismo del capital intelectual republicano.⁹

En el suelto de *España Republicana* titulado “Las poesías de Machado,” se leía lo siguiente:

Han publicado en el “Imperio” las obras de Antonio Machado con asombrosa impavidez. El gran poeta de las Soledades habría sido fusilado por los franquistas si lo hubiesen encontrado en Barcelona. Menos motivos tenían para fusilar a García Lorca y lo asesinaron. ¿A qué publicar entonces sus poesías? ¿Han incluido en ellas el soneto que termina: “Que trepe a un alto pino en la alta cima—y en él, ahorcado, que su crimen se vea—y el horror de su crimen le redima?” Suponemos que no. (“Las poesías de Machado” 11)

Efectivamente, ese poema y otros conflictivos, no se publicaron y las *Poesías completas* de Espasa-Calpe fueron incompletas, a diferencia de la edición que unos meses atrás había sacado con igual título la editorial Losada en la colección rival de Austral, la Biblioteca Contemporánea, que había sido comentada muy favorablemente. Antonio Machado integraba, junto a Federico García Lorca y Miguel Hernández, el tríptico o la trinidad del sacrificio para los exiliados republicanos por todo el mundo:¹⁰ eran los tres grandes poetas muertos a causa de la barbarie fascista, uno asesinado, el otro al poco tiempo de exiliarse y el tercero en la cárcel. Nótese en este texto un matiz que no es en absoluto inocente: aunque parezca gratuita en un texto sobre el gran poeta republicano, la alusión al Imperio no es gratuita y menos, tratándose de libros. El movimiento editorial del exilio trató desde el principio de desligarse de toda connotación imperialista relacionada con el comercio de libros y ello apareció también en no pocos textos de la revista. Todavía estaban latentes los rechazos que, antes de la guerra, habían protagonizado las políticas expansionistas de los exiliados y que habían alcanzado su cénit con la polémica del meridiano, iniciada por el artículo de Guillermo de Torre, “Madrid,

meridiano intelectual de Hispanoamérica.” La idea de imperio fue reiterada por los redactores de *España Republicana* para marcar sus diferencias con respecto a la España de Franco a través de no pocos textos con títulos tan elocuentes como “Imperialismo de Falange y América” (Latcham), con los que se procuraba desnudar las paradojas del apoyo del gobierno de una república americana—que, además, demostraba ciertas inclinaciones nacionalistas—a un gobierno imperialista como el del general Franco.

España Republicana sirvió asimismo para dar primicia de algunos libros de autores exiliados. Por ejemplo, Rafael Alberti fue publicado durante los años 1941 y 1942 unos artículos cuyos títulos comenzaban “Cómo conocí a [. . .]” Eran evocaciones de viejos amigos y maestros de la juventud: García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Unamuno, Valle-Inclán, Miguel Hernández, André Gide, Máximo Gorki, Ortega y Gasset, Azorín, Falla, Picasso... Con la colección de estos artículos, Alberti compuso poco después el libro *Imagen primera de...* que salió en Losada en 1945.

Otro caso análogo es *La historia tiene la palabra*, el libro de María Teresa León sobre el salvamento del tesoro artístico nacional en el que ella participó, cuyo germen está en un artículo con el mismo título publicado en *España Republicana*.

España Republicana y el Patronato Hispano Argentino de Cultura

La historia tiene la palabra apareció en una colección lanzada por Venegas y estrechamente vinculada con *España Republicana*: los Cuadernos de Cultura Española del Patronato Hispano Argentino de Cultura. Era esta una agencia ideada por Venegas con el patrocinio del Centro Republicano Español. Su función era brindar apoyo a los intelectuales españoles ayudándoles a rentabilizar la propiedad intelectual de sus trabajos editoriales y colaborando con la difusión de su obra.

El Patronato había sido fundado en agosto de 1941. Venegas, que ejerció como director junto con el escritor, abogado, diplomático y político Augusto Barcia, director también del Centro Republicano Español. La sede de ambos y de *España Republicana* estaba en la calle Bartolomé Mitre 950 de Buenos Aires.

Una de sus vertientes fue el desarrollo de una acción puramente editorial a través de una colección de breviaros o cuadernos de ensayos de distinta orientación para la difusión del pensamiento republicano. El número del 29 de noviembre de 1941 de *España Republicana* informaba de la reciente aparición del primer volumen de la colección, *Una misión pedagógico-social en Sanabria*, de Alejandro Casona, y daba cuenta de un ambicioso plan de publicaciones que había de continuar con *El poeta en la España de 1931*, de Rafael Alberti. También se anunciaban los libros que, en las semanas siguientes, irían apareciendo: *El centenario de Emilio Zola*, de Ricardo Baeza, *La política de no intervención*, de Augusto Barcia, *Gloria y pasión de Antonio Machado*, de Manuel Blasco Garzón, *Jornadas republicanas de 1931*, de Mariano Gómez, *Unamuno y la España de su tiempo*, de Jacinto Grau, *Anécdotas de los Constituyentes*, de Luis Jiménez de Asúa, *Las últimas veinticuatro horas*, de Francisco Madrid, *La guerra de España y los católicos*, de Ángel Ossorio, *La reconstrucción económica de España*, de Manuel Serra Moret, y *Las elecciones del frente popular*, de José Venegas. En total, aparecieron veinticuatro títulos entre noviembre de 1941 y junio de 1944.

Aquellos nombres—y también los títulos de sus libros—debían de resultar familiares a los lectores de *España Republicana*, por haberlos visto previamente impresos en las páginas de la revista y porque eran personalidades destacadas de la comunidad republicana en Buenos Aires. Varios de estos libros, como el de Claudio Sánchez Albornoz *Frente al mañana* (1943), estaban de hecho compuestos por una suma de artículos publicados en *España Republicana* y en otros medios. La revista actuaba como agencia, en la misma

sede del Centro Republicano, para la suscripción a los volúmenes de la colección, que aparecerían con una periodicidad mensual. Los anuncios publicados en 1941 y 1942 en *España Republicana* contemplaban asimismo la posibilidad de una suscripción especial a la edición de lujo de cien ejemplares por título, numerada, en papel de gramaje especial y firmada por el autor.

Conclusiones

El caso de *España Republicana* demuestra la existencia de un consciente movimiento editorial del exilio republicano en Buenos Aires que atañó a un amplio número de proyectos editoriales de diversa envergadura, significación y duración fundados entre 1938 y 1944. Dicho movimiento editorial resultó nuclear para la configuración de una resistencia cultural ante la nueva España que se estaba fraguando bajo la inspiración falangista y nacional-católica y que contaba con poderosos instrumentos de difusión también en Buenos Aires. Revistas y periódicos, tanto de información cultural como propiamente culturales, como *España Republicana*, *El Correo de Asturias*, *Pensamiento Español*, *Cabalgata*, etcétera, fueron decisivos para la formalización y visibilidad de ese movimiento editorial, que, de otra forma, habría quedado diluido en el campo editorial porteño. Además de contribuir a la difusión de los libros publicados, la labor de estos medios consistió en perfilar con nitidez cuáles eran los libros llamados “leales” para distinguirlos de aquellos que representaban la otra España y crear un sentimiento de deber de lectura entre la comunidad republicana.

España Republicana, órgano de difusión ideológica del Centro Republicano Español, dirigido por el editor y periodista José Venegas, comprendió bien la relevancia de dicho movimiento editorial y configuró vías diversas de apoyarlo decididamente en sus páginas. Hoy el conjunto de reseñas, noticias, artículos, anuncios... publicados en *España*

Republicana relativos al movimiento editorial del libro republicano en América constituye una fuente esencial para comprender y explicar la cultura escrita del exilio republicano.

Notas

¹ El texto, inédito, se conserva en el Archivo General de la Administración en Alcalá de Henares, Archivo particular de Juan Negrín, (10) 129.002 12/3214, carpeta 12. Lo firmaba, como presidente de la Junta, José Bergamín, quien además de un importante escritor, fue uno de los editores más relevantes de la llamada Edad de Plata de las letras españolas y, luego, en el exilio a través de la editorial Séneca.

² El concepto de “movimiento editorial de avanzada” había sido recurrente en los años treinta y se vinculaba mucho a un fenómeno editorial muy representativo de la época de la República asociado a las Vanguardias literarias y políticas en España. Consistió en la popularización de libros económicos a disposición de públicos populares (Santonja 36).

³ José Venegas y Rafael Giménez Siles son dos de los editores relevantes de la época de la República que tuvieron un papel especialmente destacado en sus respectivos exilios. En particular, Giménez Siles, que había llegado a ser presidente de la Cámara del Libro de Madrid antes y durante la guerra, tuvo una larga y fructífera carrera empresarial en México a través del entramado de empresas de edición y librería EDIAPSA. Su evolución como editor representa muy a las claras las dialécticas entre el editor empresario y el editor agente cultural y político (Giménez Siles)

⁴ La relación de socios y sus fichas están depositadas en los archivos de la Sociedad de Federaciones Gallegas de Buenos Aires. Una parte de los archivos del Centro Republicano de Buenos Aires (en particular, las actas de sus reuniones, en las que se hace alusión reiterada a *España Republicana*), así como el archivo personal de José Venegas están en el Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca.

⁵ Aunque no es objeto de este trabajo, es muy llamativa la agresiva campaña editorial que realizaban los medios franquistas en Buenos Aires a favor de la ideología fascista en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, una de cuyas vertientes

era el imperialismo, que en el caso del falangismo español incluía la exaltación del imperio en América, al que se dedican un gran número de artículos y libros.

⁶ El campo editorial fue una de las dimensiones en las que se objetivó la pugna entre las comunidades republicana y franquista en Buenos Aires, como se ha visto en las páginas precedentes. No obstante, hubo casos de editoriales cuya adscripción ideológica fue, cuando menos, ambigua. Por un lado, los capitales de origen español y argentino eran favorables a la causa franquista, mientras que la línea editorial desarrollada incluía textos de republicanos, con buena salida entre la comunidad republicana. Los casos más paradigmáticos en este sentido son Emecé y Sudamericana. Ello corroboraría lo explicado al comienzo de este artículo: la dificultad para incluir, a la mayoría de los casos, a estas empresas dentro del marbete de “editorial del exilio” (Larraz *Editores y editoriales* 73-133).

⁷ Un aspecto que debe ser tomado en consideración era la voluntad de España Republicana de atender al republicanismo español en un amplio espectro ideológico, voluntad que no fue siempre posible a causa de la creciente polarización ideológica del exilio republicano, sobre todo en México. En general, la ideología dominante era la del socialismo prietista (Pochat 203). Sin embargo, la atención al movimiento editorial del exilio en México (donde la polarización era mucho más aguda) revela esta voluntad sincrética, que está muy clara en las diferencias ideológicas de las dos editoriales mencionadas, Séneca y Quetzal (Larraz, *Editores y editoriales...* 193-233; 258-64).

⁸ Espasa-Calpe Argentina, que ha aparecido ya varias veces mencionada en este artículo, nació como consecuencia de la autonomía otorgada por los propietarios de la editorial Espasa-Calpe a su sucursal en Buenos Aires cuando, comenzada la guerra, los almacenes y el personal que la empresa quedó en Madrid, es decir, en zona republicana. Se pretendía con esa medida poder continuar la actividad editorial a salvo de la acción de las contingencias de la guerra y de la acción de los comités obreros. Se puso al frente a los gerentes de la sucursal porteña, Gonzalo Losada y Julián Urgoiti, a los que se unió poco después Guillermo de Torre. Fruto de esta nueva empresa, nacida con los capitales de la antigua, fue un ambicioso plan de ediciones y el nacimiento de la célebre colección Austral. A los pocos meses de acción, los dueños de la empresa, ya identificados plenamente con la causa franquista, comenzaron a intervenir sobre la

política editorial. Ello implicó la salida de Urgoiti, Losada y De Torre y la fundación, por estos dos últimos junto con otros intelectuales, de la editorial Losada en agosto de 1938. Desde entonces y durante unos cuantos años, los libros publicados por Espasa-Calpe Argentina pasaban los trámites de la censura franquista con objeto de que sus libros, editados e impresos en Buenos Aires, donde la materia prima era mucho más barata y las artes gráficas gozaban de mejores calidades, pudieran importarse y distribuirse sin trabas en España (Larraz, "Política y cultura," sin paginar).

⁹ Aquel artículo, que se hizo muy conocido, fue publicado también en el primer número de la revista falangista Escorial (Ridruejo 93-100).

¹⁰ *Trípico del sacrificio* es el título de una colección de ensayos de Guillermo de Torre que incluyen los dedicados a Unamuno, Lorca y Machado y que publicó la editorial Losada en 1948.

Obras citadas

- "Obra de cultura. Dos nuevas editoriales." *España Republicana*, n. 626, 31 de enero de 1942, p. 11.
- Bourdieu, Pierre. "Una revolución conservadora en la edición." *Intelectuales, política y poder*. Eudeba, 2012, pp. 235-78.
- . *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*. Anagrama, 1995.
- Díaz-Regañón Labajo, María Aránzazu. "José Venegas y España Republicana. Un ejemplo de antifascismo en el exilio republicano en Argentina." *Escritores, editores y revistas del exilio republicano de 1939*, editado por Manuel Aznar Soler. Renacimiento, 2005, pp. 907-13.
- Giménez Siles, Rafael: *Rafael Giménez Siles, editor, librero e impresor. Guion autobiográfico profesional*. México D. F., s. ed., 1978.
- Larraz Fernando. "Política y cultura: Biblioteca Contemporánea y Colección Austral, dos modelos de difusión cultural." *Orbis Tertius*, vol. 14, 15, 2009. https://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv14n15d01/pdf_374
- . *Editores y editoriales del exilio republicano de 1939*. Renacimiento, 2018.
- Latcham, Ricardo A. "Imperialismo de Falange y América." *España Republicana*, n. 603, 23 de agosto de 1941, p. 7.
- León, María Teresa. "Una editorial y su elogio." *España Republicana*, n. 629, 21 de febrero de 1942, p. 7.
- Lorenzo, Tirso: "España, en el corazón y en los libros." *España Republicana*, n. 622, 3 de enero de 1942, p. 7.
- Martínez Rus, Ana. *La política del libro durante la Segunda República: socialización de la lectura*. Trea, 2003.
- Ortega y Gasset, José. "Sobre un periódico de las letras." *La Gaceta Literaria*, n. 1, 1 de enero de 1927, p. 1.
- Pérez Alcalá, Eugenio. "Prólogo" a Venegas, J. *Andanzas y recuerdos de España*. Renacimiento, 2009, pp. 9-71.
- Pochat, María Teresa. "España Republicana, una lectura de la Guerra Civil desde Argentina." *Olivar*, n. 8, 2006, pp. 195-207.
- Ridruejo, Dionisio. "El poeta rescatado." *Escorial*, n. 1, 1940, pp. 93-100.
- Santonja, Gonzalo. *La república de los libros. El nuevo libro popular de la segunda república*. Anthropos, 1989.
- Suárez Luis. "Prensa y libros, periodistas y editores." *El exilio español en México 1939-1982*. Fondo de Cultura Económica y Salvat Mexicana, 1982, pp. 601-21
- Torre, Guillermo de: "Generaciones y revistas." *España Republicana*, n. 615, 15 de noviembre de 1941, p. 7.